elenco de los secretarios privados. En definitiva, nos encontramos ante una obra que sin duda alguna se convertirá en pocos años en un clásico de la historiografía dedicada al estudio de Felipe II y de la monarquía hispánica.

José Antonio Escudero es miembro de la Real Academia de la Historia y Catedrático de Historia del Derecho de la Universidad Complutense de Madrid. Es autor, entre otros, de *Los secretarios de estado y del despacho: (1474-1724)* (1969 y 1976); *Historia del derecho, historiografía y problemas* (1973); *La Real Junta Consultiva de Gobierno (1825)* (1973); *Los orígenes del Consejo de Ministros en España: la Junta Suprema del Estado* (1979); *Los cambios ministeriales a fines del Antiguo Régimen* (1975, 1997); *Administración y Estado en la España moderna* (1999); *Curso de historia del derecho: fuentes e instituciones político-administrativas* (2003, 3ª ed.). Ha editado *Perfiles jurídicos de la Inquisición Española* (1989).

Rafael D. García Pérez
Universidad de Navarra.

Vázquez de Prada, Valentín, *Felipe II y Francia (1559-1598). Política, religión y razón de estado*, Pamplona, EUNSA, 2004, 517 páginas. ISBN: 84-313-2170-9.

Préface de Pierre Chaunu, p. XIII; Prólogo, p. XIX; PARTE INTRODUCTORIA. ARTÍFICES Y EJECUTORES DE LA POLÍTICA FILIPINA. Cap. I. El Rey, sus consejeros y secretarios de Estado, p. 3; Cap. II. La embajada española en París, p. 21; Cap. III. Galería de embajadores (I), p. 37; Cap. IV. Galería de embajadores (II), p. 57; Cap. V. Galería de embajadores (III), p. 77. PARTE PRIMERA. LA LUCHA POR LA TOLERANCIA RELIGIOSA. RAZÓN DE ESTADO VERSUS POLÍTICA CATÓLICA (1559-1576). Cap. VI. De la represión a los primeros edictos de tolerancia, p. 103; Cap. VII. Catalina de Médicis a la búsqueda de la paz mediante concesiones a los hugonotes. Intimaciones de Felipe II, p. 149; Cap. VIII. Ataque hugonote a los Países Bajos. La *Saint-Barthélemy*. Los "Malcontents" y el afianzamiento de la Tolerancia, p. 195. PARTE SEGUNDA. ENRIQUE III DESBORDADO POR LOS CONFLICTOS POLÍTICO-RELIGIOSOS. FELIPE II Y LA LIGA CATÓLICA (1576-1589). Cap. IX. Intentos de evadir el control español. El duque de Anjou en los Países Bajos. Apoyo de Catalina de Médicis a don Antonio de Portugal, p. 241; Cap. X. A la vista de la sucesión al trono. La ayuda española a la Liga Católica, p. 271; Cap. XI. Tensas relaciones entre la Liga y Enrique III. Los asesinatos del duque de Guisa y del rey, p. 301. PARTE TERCERA. LA LUCHA POR LA CORONA (1589-1598). Cap. XII. División ante un rey hereje. Las posturas de Madrid y de Roma, p. 333; Cap. XIII. Fracaso de la elección de la infanta Isabel como reina de Francia, p. 371; Cap. XIV. Abjuración de Enrique de Borbón y su reconocimiento como rey por la Santa Sede. Guerra contra Felipe II. Paz de Vervins, p. 411. Conclusión, p. 447. Mapas, cuadros genealógicos y tablas, p. 451. Fuentes y bibliografía, p. 461. Índice de nombres, p. 489.

A la hora de hacer un comentario a este libro lo primero que hay que señalar es su excepcionalidad en el panorama historiográfico español. ¿En qué sentido? Aparece claro nada más ver el volumen: en el del trabajo. Es

[MyC, 7, 2004, 325-395]

ciertamente excepcional entre nosotros que un autor en la etapa final de su carrera se arme de valor para consultar cerca de 170 legajos en Simancas (según los relacionados en el apartado de fuentes, contados con cierta imprecisión) más los numerosos expedientes personales de los caballeros de las diferentes Órdenes Militares del Histórico Nacional, más los menos numerosos, pero no por ello menos valiosos legajos de la correspondencia de los embajadores franceses en Madrid de la Bibliothèque Nationale de París. Todo ello, me consta, ha supuesto un denodado y continuado esfuerzo por parte del Profesor Vázquez de Prada para sacar a la luz un capítulo prácticamente inédito de la historia política internacional (y ésta sería una segunda y también importante excepción), cual es la política de Felipe II hacia Francia durante todo su reinado.

Se podría decir que dada la calidad y experiencia del autor, el mencionado esfuerzo y el interés del tema, no habría nada más que decir. En cierto sentido así es. El anterior primer párrafo se convierte sencillamente, según lo enunciado, en un aviso al potencial lector de lo que realmente va a encontrar y de su interés. En cualquier caso, la importancia del libro merece un comentario mayor, según exigen la cortesía y el rigor de la profesión.

En una "parte introductoria" de cinco capítulos cumplidos, el autor nos presenta a los ejecutores de la política filipina. Diría yo que es un homenaje del historiador a las personas objeto de su estudio y a las fuentes que nos han legado. Es también una explicación del contenido de las fuentes. Es finalmente, un estudio necesario puesto que, como se ve a lo largo de las páginas, las opiniones de estas personas serán muy importantes: son los intermediarios entre el rey y sus interlocutores; se convierten, de hecho, en los intérpretes de los deseos, intenciones y palabras del rey; sus informes y juicios son fundamentales para que el rey se haga cargo de la situación; también son consejeros del monarca en los asuntos que tratan, aunque es difícil de saber en qué medida, dadas las convicciones personales de Felipe II. Por lo tanto, no se puede entender la política sin conocer cómo funciona el mundo al que se alude. La personalidad del propio rey y la de sus consejeros directos, secretarios de estado y otros cargos cortesanos merecen un espacio relativamente corto, seguramente por ser una cuestión más conocida, si bien en el primer capítulo se ofrece una clara explicación de los mecanismos administrativos y de las cadenas de información y transmisión de las decisiones del monarca, además de mostrarnos, una vez más de modo fehaciente, la implicación personal de Felipe II en un exhaustivo trabajo burocrático previo a cualquier decisión. Como se verá más adelante en el libro, se vuelve a mostrar que ese modo de trabajar acabó generando lentitud en las decisiones y por lo tanto ineficacia. Otra cosa es que, en el tema de que se trata, quede la duda de si una mayor rapidez en la decisión hubiera contribuido a unas consecuencias diferentes.

Los capítulos II al V son de notable interés y novedad al explicar con detalle el funcionamiento de la embajada española en París. Se nos muestra el perfil biográfico de todos los embajadores, en una necesaria galería de personajes, así como variados aspectos fundamentales de la actuación de cada uno de ellos en su cometido. Las relaciones entre los embajadores y los reyes de Francia, especialmente con Catalina de Médicis, así como su trabajo con confidentes y espías, y sus problemas con los correos, resultan un cuadro muy gráfico de las condiciones en las que los embajadores realizaban su difícil trabajo en un momento especialmente complicado.

Una vez presentado y estudiado este imprescindible marco de intermediación, el autor se vuelca en el estudio detenido de los acontecimientos. En tres largas partes va desgranando los acontecimientos según un orden estrictamente cronológico. Aunque parezca muy clásico, el método resulta altamente eficaz porque, como se comprueba en la lectura, es en la sucesión de los acontecimientos y en el distinto *tempo* de éstos donde las decisiones van tomando cuerpo y sobre todo, se van orientando en un sentido o en otro. Si tenemos en cuenta los distintos actores, no es lo mismo lo que pensaban cada uno de ellos a lo largo de los años. Felipe II, por ejemplo, pasa del deseo sincero de ayudar a los herederos de Enrique II a impedir el progreso del protestantismo, cuando esto les parecía posible, y no tener más intervención que la presión diplomática, a intentar ser nombrado "protector" de Francia para luego intervenir de manera directa al final, cuando la alternativa de colocar a su hija Isabel en el trono francés le parecía la única solución a una Francia totalmente católica.

Del mismo modo variaron las posturas de los magnates católicos próximos a los sucesivos monarcas franceses respecto a una mayor o menor tolerancia con la herejía, así como los propios monarcas. Más estable parece la postura conciliatoria de Catalina de Médicis, aunque también se nota un deslizamiento hacia una mayor inclinación al permisivismo a medida que los acontecimientos se van complicando y piensa que la solución pasa por mayores concesiones. Notables son los cambios en las actitudes cuando finalmente Enrique III moribundo nombra heredero al Borbón, hereje convencido. Entre la aceptación, o no, de esta decisión, y la acogida final a la conversión de Enrique de Borbón, incluidas todas las maniobras de diferentes actores para agotar las posibilidades de acceso al trono por ellos o sus patrocinados, existe un total cambio de opinión.

Me parecía importante señalar estos cambios en las circunstancias, con ritmos distintos, porque ellos explican los cambios de postura y dan una imagen mucho más variada que un enfoque unitario según el cual se pretenda ver en este largo conflicto (39 años en lo que nos ocupa) un solo problema. El problema de fondo puede ser único, pero no así las posibilidades de solución y por lo tanto, las posturas a tomar. A la pregunta que el autor se

plantea, con toda la historiografía, sobre si Felipe II pretendía defender la religión o sus intereses estatales, cabe responder, como lo hace el Profesor Vázquez de Prada, que la disyuntiva no existe, puesto que en la mente del monarca español las dos cuestiones coinciden perfectamente. Esto me parece correcto, pero me atrevo a sugerir que la respuesta necesitaría también un "depende"; es decir, depende del momento, porque como el mismo autor muestra, la deriva del conflicto llevó a actuaciones directas de los hugonotes o incluso de Catalina de Médicis en contra de los intereses españoles en los Países Bajos y en el conflicto portugués. Antes de que éstas ocurrieran parece primar el deseo de Felipe II de apoyar a su suegra viuda a que no se extendiera la herejía, en consonancia también con los deseos del difunto Enrique II; muchas citas del monarca español atestiguan que no le interesaba injerirse en cuestiones de política interna. Más tarde, sin embargo, la preocupación por el avance de un potencial enemigo (de lo cual el tal enemigo había dado muestras), puso en primer plano el interés por lo político que había estado más matizado.

Por todo ello me parece que la consideración de los tiempos, en cuanto cambio de circunstancias me parezca fundamental, como lo es también el hecho de que los tiempos, combinados con el espacio, hacían que esas circunstancias se modificaran antes de que las personas implicadas pudieran darse cuenta: cuando unos estaban intentando entablar conversaciones de paz, pongamos por caso, otros, ignorantes del hecho, insistían en la guerra. Desde el punto de vista de Felipe II, que es el que interesa al autor, tanto las dificultades de comunicación y la lentitud en el conocimiento de las noticias, como los malentendidos producidos por estos motivos, dificultaron enormemente la labor en un conflicto tan enrevesado como el que sacudió a Francia en aquellos años.

Siendo todo esto interesante, el autor nos lleva una y otra vez a la cuestión de fondo que aparece en el subtítulo: religión y razón de estado. Es claro que la razón de estado se estaba imponiendo en aquellos momentos; también lo es que entonces, la razón de estado iba unida a una consideración moral religiosa. Se suele oponer razón de estado a religión, pero no es enteramente cierto, al menos entonces. La religión iba unida al estado, el problema es cómo y en qué medida. Para Felipe II la razón de estado iba unida a la ortodoxia católica y hacía del monarca un defensor de la religión unida, como dijimos antes, a sus intereses políticos. Para los monarcas franceses del momento, y especialmente para Catalina de Médicis, que durante muchos años jugó un papel central, el problema era ligeramente diferente. Para ellos la coexistencia de las dos religiones era posible: poco probable al principio, pero con mayor probabilidad después. Puede que a la Médicis le pesara la necesidad de la concordia para asegurar el trono de sus hijos en situación tan conflictiva, en medio también de divisiones en la propia

familia real; pero, aunque así fuera, es clara partidaria de las concesiones a los hugonotes y tal parece que en esa línea fue engañando continuamente a Felipe II. Parecía evidente que se abría paso un nuevo concepto de tolerancia que daba más relevancia a los intereses del estado que a los principios de la ortodoxia.

Sin embargo cabe hacer un comentario respecto a la naturaleza de esa tolerancia. Si a Felipe II se le critica por haber seguido sus intereses políticos amparándose en la defensa de la religión, una crítica similar cabría hacer a los monarcas franceses quienes se vieron entre la espada y la pared; es decir, entre la división religiosa y la posibilidad de caer en la dependencia española. En este sentido la tolerancia no habría sido para algunos realmente tolerancia, es decir, capacidad de coexistir con respeto a las conciencias, sino que primariamente sería una forma de afirmación del estado francés frente a Felipe II, postura que heredaba también las tendencias galicanas de mantener las distancias con la Santa Sede. La razón de estado se muestra aquí no tanto partidaria de una religión tolerante y galicana, sino, sobre todo, unida a una imagen nacional. En definitiva, todos estarían defendiendo sus intereses políticos, aunque con medios diferentes, los que a cada uno correspondía.

La cuestión nacional es otro aspecto que se va deslizando poco a poco en el libro y que probablemente Felipe II calibró mal al final del conflicto. En efecto, detrás del enfrentamiento múltiple y de todos los problemas, siempre aparece la idea de la monarquía francesa y la necesidad de su defensa frente al exterior. Al final, los franceses respiraron cuando Enrique se convirtió al catolicismo, porque, como queda claro en las asambleas parisinas de los años noventa y en todo el intento filipino de colocar a su hija en el trono, los franceses querían, sobre todo, evitar el control español. En este sentido, los asambleístas parisinos del final y la Catalina de Médicis del principio, parecían respirar igual.

Con menos frecuencia, pero con bastante fuerza, aparece el pueblo en este trabajo. A este respecto me parece interesante resaltar la idea de que la política de Felipe II, bien de impedir la herejía, bien de controlar la política francesa, no era irreal al principio, aunque pueda parecerlo más al final, y contaba con respaldo popular. Durante la mayor parte del período el pueblo, católico en general, sufrió el desgobierno que no impidió los avasallamientos de quienes decidían cambiar de religión pero seguir en los templos que antes usaban. Con frecuencia se han presentado en la historiografía las actuaciones de los católicos, en estos años, como de violencia intolerante contra las nuevas opciones. Partiendo del hecho de que la tolerancia era entonces nueva, y por lo tanto difícilmente exigible a casi nadie, hay que valorar la realidad de que igualmente intolerantes se mostraban aquellos reformados que, muchas veces en minoría clara, pretendían imponer sus puntos de vista: no se fueron a otro sitio a ejercer su culto, sino que arramplaron con templos

e imágenes. Desde esta perspectiva la intervención de Felipe II cobra también un necesario matiz de defensor de un pueblo mayoritario que en circunstancias de conflicto defiende su fe frente a los ataques recibidos. Creo que hay que partir de este punto para entender todas las relaciones de Felipe II con la Liga católica, así como el interés de la Liga por tener el apoyo del monarca, aunque éste fuera español, siempre que se garantizara la independencia política.

Dinero y armas fueron también elementos de la presión filipina sobre Francia, utilizados de diferente modo según los casos. Primero dinero para pagar lealtades, luego armas para forzar voluntades o ciudades. Aquí, en cualquier caso, se notaron los problemas característicos de toda la política filipina, es decir, la escasez de ambas cosas y la lentitud con que las dos llegaban. Desde esta perspectiva cabría preguntarse dónde estaban realmente las prioridades de Felipe II y qué puesto ocupaba Francia en ellas. Ya con las armas en la mano, hay que señalar, finalmente, que no deja de asombrar, a pesar de lo ya conocido, el nivel de violencia sufrido por Francia en esos años. Una violencia que no está sólo en los enfrentamientos militares, siempre más limitados, o en las revueltas populares, sino también en los múltiples asesinatos bien personalizados que trataban de descabezar la opción contraria. En ninguno de ellos cabe encontrar el apoyo previo del monarca español.

Termina el autor con una consideración final sobre el éxito o fracaso de la política filipina sobre Francia. Los resultados políticos, afirma, autorizan a caracterizarla como fracaso. Sin embargo, se pregunta también Vázquez de Prada si, a pesar de todo no se habría contribuido a afirmar la catolicidad de Francia que, decenios más tarde, conocería una profunda renovación fundada, en buena parte, en la anterior mística española. Sugerente final que concuerda, por otra parte, con otras tesis similares que, como la de J.F. Schaub, defienden la importancia de la influencia española en la historia de Francia.

Valentín Vázquez de Prada ha sido investigador (“attaché de recherches”) en el “Centre Nationale de la Recherche Scientifique” en París entre 1952 y 1954 y discípulo directo de Fernand Braudel. Desde 1959 fue catedrático de Historia Moderna en la Universidad de Barcelona hasta que, en 1972, se trasladó a la de Navarra, de la que es actualmente profesor emérito. Es autor, entre otras, de *Lettres marchandes d'Anvers* (1960); *Historia económica mundial* (1961, 1964, 1979, 1972, 1974, 1978, 1981 y 1999); *Historia económica y social de España* (1973 y 1978); *Felipe II* (1978); *Historia Moderna* (1981); los volúmenes 7 y 8 de la *Historia Universal Eunsa* (1989 y 1990). Ha dirigido *Las Cortes de Navarra desde su incorporación a la Corona de Castilla: tres siglos de actividad legislativa (1513-1829)* (1993), además de siete volúmenes de las Conversaciones Internacionales de Historia (1974, 1985 y 1985, 1989, 1995, 1997 y 1998).

Agustín González Enciso
Universidad de Navarra